

MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ MANTECÓN

MUERTE Y VIDA ETERNA
DE BENITO JUÁREZ
EL DECESO, SUS RITUALES
Y SU MEMORIA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
MÉXICO 2006

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN.	5
Juárez y la parca.	7
La fecha conmemorativa del deceso.	11
Infarto contra veneno.	19
La ceremonia fúnebre y los símbolos masónicos.	23
La glorificación <i>post mortem</i>	29
Juárez ¿masón practicante?.	33
Los monumentos al héroe.	39
Epílogo.	65
ANEXOS.	67
Breves apuntes a propósito de la masonería.	69
La masonería en México en el siglo de Juárez.	73
Fuentes de los anexos.	79
RELACIÓN DE IMÁGENES.	83

INTRODUCCIÓN

Uno de los presidentes mexicanos que más relatos míticos ha provocado con respecto a su vida, personalidad, desempeño político y muerte es, sin duda, Benito Juárez. Esto se puede apreciar, entre otros asuntos, al reconstruir, por ejemplo, los pormenores de su deceso y las honras fúnebres que le fueron ofrecidas por la ciudad de México y sus habitantes en el año de 1872. En las páginas que siguen presento algunos tópicos relacionados con ese tema, que incluyen además distintos imaginarios que se han construido en torno al hombre y, sobre todo, en función del héroe en el que fue convertido don Benito.

Para los muertos y los sitios que los reciben, se ha desarrollado una serie de comportamientos, rituales y símbolos que tienen un contenido vinculado muy directamente con la época que los ejecuta y con las creencias, tradiciones e ideas que imperan en cada sociedad. En este caso, no puede desdeñarse el hecho de que, a pesar de que el país era profundamente católico, su presidente había iniciado un exitoso movimiento que tendía a la separación entre la Iglesia y el Estado y que le había dado a la muerte un *status* laico. Juárez no recibió el sacramento de la extremaunción, ni hubo en sus funerales ningún tipo de rezo ni de despedida cristiana. Sin embargo, estuvieron presentes otras cuestiones, como un ritual masónico —con sus consiguientes símbolos— y el legado del romanticismo, que privilegió la atracción del cementerio ligado a la memoria, dándole primacía a la esfera de los sentimientos.¹ Las emociones, más que una simple reacción natural, son “un trozo de cultura” y los rituales funerarios se han diseñado para convocarlas.² En el sepelio de Juárez ocuparon un lugar importante y dieron forma a las actitudes y las palabras, así como después nutrirían al monumento mortuario que le sería ofrendado en el panteón de San Fernando que, hasta

¹ Jacques Le Goff, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 168.

² Tom Lutz, *El llanto. Historia cultural de las lágrimas*, México, Taurus, 2001, p. 247-257.

el día de hoy, perpetúa su recuerdo y evoca las mejores emociones patrióticas.

A propósito de la participación de Benito Juárez en la masonería mexicana, las opiniones se dividen. Hay quienes sostienen que fue iniciado en las logias yorkinas en Oaxaca en el lapso temprano que va de 1833 a 1834; quienes dicen que en el Rito Nacional Mexicano en 1847, y quienes aseguran que, aunque fue iniciado, las vicisitudes del país impidieron que pudiera tener una participación activa en su logia y, por ende, un desarrollo filosófico y práctico que lo hubiera llevado a obtener los nueve grados propuestos por el Rito Nacional. Habrá que conocer los pormenores de su muerte y de su funeral, y la participación que tuvieron en ellos los masones de los distintos ritos existentes en aquel México, para dilucidar esta polémica; pero, sobre todo, para comprender cómo se fue creando esa historia del Juárez masón. He agregado al final dos textos anexos en los cuales hago un breve recuento de lo que es la masonería en términos generales, y de lo que fue su historia durante el tiempo de don Benito, apuntes que dan contexto a lo tratado en este escrito y que sugiero leer antes de conocer mi explicación a propósito de la simbología masónica de los principales monumentos que le erigieron.

También me referiré, más allá de la masonería, a la glorificación de la que fue objeto a partir de su perecimiento, asunto que no era novedoso para la sociedad mexicana de entonces, que había hecho lo mismo con otras figuras relevantes para la independencia del país, como son los casos de Miguel Hidalgo, José María Morelos o Agustín de Iturbide. Lo que sí hacía diferente la muerte de Juárez es que ésta no había sido trágica, ni él era un mártir de ninguna causa como los tres personajes que acabo de mencionar, y, con respecto a su “inmortalidad”, que fue nombrada así en su momento por simpatizantes y detractores, que reconocían al fin el valor que tenía el ser soberanos y el temple de quien eso defendió, a pesar de contar en su haber algunos desaciertos políticos. Su muerte física fue el punto de partida de su nacimiento como héroe. Juárez no podía morir y en la memoria de los mexicanos y latinoamericanos ocupa, sin duda, un lugar perenne.

JUÁREZ Y LA PARCA

El deceso de los seres queridos fue un asunto con el que Benito Juárez¹ lidió desde que era muy pequeño. A los tres años de edad quedó huérfano de ambos padres y pronto perdió también a sus abuelos. Siendo todavía muy joven tuvo dos hijos, Susana y Tereso.² Luego se casó con Margarita Maza, en 1843, con la que engendraría doce vástagos legítimos. En el año de 1850, cuando ocupaba el cargo de gobernador del estado de Oaxaca, falleció su hija Guadalupe. Para entonces, la ley prohibía el enterramiento de los cadáveres en los templos, si bien se exceptuaba a la familia del gobernador. Juárez no quiso hacer uso “de esa gracia” y, según escribió en *Apuntes para mis hijos*, él mismo llevó el cuerpo al cementerio de San Miguel que estaba extramuros de la ciudad. Subrayó entonces que lo hizo para dar un ejemplo de obediencia a la ley y para favorecer la salubridad pública. Estaba seguro de que con ese comportamiento y con la energía que usó después para evitar los entierros en las iglesias, en Oaxaca se estableció definitivamente esa práctica.³

Otros hijos murieron también en vida de don Benito y de su esposa —que era veinte años más joven que él—. Además de Guadalupe, la lista siguió con Amada en octubre de 1853; con Francisca en julio de 1862; con José María en diciembre de 1864 y, finalmente, con Antonio en agosto de 1865. Estas cuatro muertes también lo pillaron en medio de sus deberes políticos, casi siempre lejos de la familia por estar desterrado, o en plena guerra civil, o como el jefe de un Ejecutivo que debía andar a salto de mata por no dejar que

¹ Su nombre completo fue Benito Pablo Juárez García y nació en Guelatao, Oaxaca, el 21 de marzo de 1806.

² *Benito Juárez. Documentos, discursos y correspondencia*, selección y notas de Jorge L. Tamayo, México, Editorial Libros de México, 1975, t. 15, p. 716. Aquí Tamayo dice que Tereso murió de corta edad. La madre de esos hijos fue Juana Rosa Chagoya. Es importante señalar que este mismo autor, en el tomo 1 de su vasta obra, p. 469, da otra versión sobre Tereso. Ahí escribe que fue comandante de batallón en la guerra de Reforma, que se casó con Teresa García y que en el juicio de sucesión testamentaria reclamó la parte que le correspondía como hijo natural, lo cual le fue denegado por no poder probarlo.

³ *Antología de Benito Juárez*, introducción, selección y notas de Jorge L. Tamayo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1972, p. 21.

perciera el gobierno republicano. Es posible percibir el enorme dolor que le causaron, por ejemplo, las muertes de José María y, sobre todo, la de Antonio, el más pequeño de sus hijos. En dos cartas que envió a Margarita desde Paso del Norte a Nueva York, donde ella residía con el resto de la numerosa prole —Manuela, Felicitas, Margarita, Soledad, Benito, María de Jesús y Josefa—, Juárez escribió que estaba seguro de que la mala suerte los perseguía, pero, ante esos golpes, le aconsejaba estar serena y resignada ya que, le dijo, las desgracias que habían pasado no tenían remedio. Sobre todo le pedía que se cuidara y que hiciera lo mismo con los hijos que les quedaban que necesitaban de su protección y amparo.⁴

Muy diferente fue la actitud de ella, que no podía olvidar los padecimientos de sus dos pequeños y que se culpaba por su deceso. Llegó incluso a decirle a su esposo en una misiva que el miedo que antes le tenía a la muerte y del que habían hablado en varias ocasiones ya no lo sentía, y creía ahora que ella era la única que le podía dar consuelo. Llegó incluso a manifestar que si tuviera más valor ya se habría matado y que lo único que le daría vida es que Dios le devolviera a sus hijos.⁵ No tuvo más remedio que resignarse, sobre todo a la ausencia de su marido, al que mucho pidió su presencia en esos momentos difíciles. Sin embargo, siguió pesimista y deprimida, según se percibe en otras cartas en las cuales expresó que sentía que se acababa porque su naturaleza estaba muy gastada y se refirió a su cumpleaños número cuarenta, ocurrido en el mes de marzo de 1866, como “el día terrible”.⁶ Cuatro años después, un 2 de enero de 1871 moría víctima de cáncer,⁷ defunción que, sin duda, afectó de manera irreversible al Benemérito.

También éste estuvo a punto de conocer la muerte de su hija Susana, nacida, como dije, antes de su matrimonio. Ésta padecía de sus facultades mentales y siempre vivió en Oaxaca cuidada por la familia de Miguel Castro, sobre todo por su esposa Jacinta Meixueiro. Ella le informó a Juárez en el mes de junio de 1872 que Susana se había agravado y que tal vez no viviera mucho tiempo. Don Benito le contestó el 16 de julio de ese año una misiva en la que manifestó

⁴ Cartas del 15 y del 21 de septiembre de 1865, *ibid.*, p. 180.

⁵ Carta de Margarita a su esposo, 10 de noviembre de 1865, *ibid.*, p. 183-184.

⁶ Cartas de Margarita a su esposo, 15 de noviembre de 1865 y 28 de marzo de 1866, *ibid.*, p. 186 y 193.

⁷ Cuando ella murió, recibió en secreto los auxilios de la religión católica quizás porque ésa era su voluntad. Véase Francisco Bulnes, *El verdadero Díaz y la Revolución*, México, Edinal, 1972, p. 93.

que sentía mucho no poder ver y atender personalmente a su “querida hija”. Le pidió que le dijera de su parte —si es que tenía algunos “momentos de despejo”— que tuviera paciencia y que tomara las medicinas y siguiera el método recomendado por el médico.⁸ No sabía el presidente, al escribir estas líneas, que el turno de morir era el suyo, recibiendo a la parca pocos días después.

⁸ Carta de Benito Juárez a Jacinta Meixueiro de Castro, México, julio 16 de 1872, en *Benito Juárez...*, *op. cit.*, p. 728-730. Susana, por su parte, superó esa crisis muriendo hasta el año de 1884. Véase el tomo 1 de *Benito Juárez...*, *op. cit.*